

El lugar del cuerpo y la sexualidad adolescente en la clínica. Hacia una dimensión desconocida

Ricardo Fandiño, Vanessa Rodríguez

Resumen

Durante el período adolescente, la sexualidad y el cuerpo cobran un protagonismo fundamental para el desarrollo de la identidad. En el trabajo terapéutico con adolescentes, dichos aspectos emergen como ejes fundamentales y deben ser tenidos en cuenta si se pretende realizar un acompañamiento durante este proceso madurativo. A lo largo de los años, se ha ido observando una evolución en la vivencia de la propia sexualidad por parte de los adolescentes. La diversidad -en toda su complejidad- ha emergido rompiendo con el binarismo y con los lindes del cisheteropatriarcado. Ante esto, la norma sexual bajo la que nos desarrollamos los adultos actuales resulta un código insuficiente para poder acercarnos a esta nueva realidad. La pretensión de este artículo es reflexionar y realizar algunos acercamientos a las características que conforman la sexualidad adolescente contemporánea. Para ello, el contexto y el tiempo presente se conforman como el marco a través del cual ir desgranando aspectos centrales del adolescente. Se pretende así imbricar en esta conjunción una relevancia central del cuerpo simbólico y vivenciado, entendiendo cómo dicho cuerpo se presenta como una vía fundamental e ineludible para el acompañamiento terapéutico de adolescentes en los ámbitos clínico, educativo y social.

Palabras clave: Adolescencia; Cuerpo; Sexualidad; Psicoterapia; Acompañamiento

Abstract

During the teenage period, sexuality and the body become fundamentally important for the development of identity. In therapeutic work with adolescents, these aspects emerge as fundamental axes and must be taken into account in order to provide support during this maturation process. Over the years, there has been an evolution in the experience of one's own sexuality by adolescents. Diversity - in all its complexity - has emerged, breaking with the binary and the boundaries of cis-heteropatriarchy. In the face of this, the sexual norm under which current adults have developed proves to be insufficient code to approach this new reality. The purpose of this article is to reflect on and explore some aspects of contemporary adolescent sexuality. In order to do so, the context and the present time emerge as the framework through which central aspects of adolescence can be unpacked. The intention is to intertwine in this conjunction a central relevance of the symbolic and lived body, understanding how this body presents itself as a fundamental and unavoidable pathway for therapeutic support of adolescents in clinical, educational, and social settings.

Keywords: Teenage; Body; Sexuality; Psychotherapy; Accompaniment

La evolución de los cuerpos adolescentes

La definición de la adolescencia ha estado canónicamente ligada a un cuerpo en cambio. De hecho, acostumbramos a situar la transición entre infancia y adolescencia en la pubertad que es una etapa de intensa transformación física. Se podría decir que la adolescencia es un momento determinante de nuestra corpografía (Planella, 2006a), y que esta es un eje fundamental de nuestra evolución sexual e identitaria.

El cuerpo adolescente es habitualmente analizado desde una perspectiva ontogenética; un sujeto que madura progresivamente y en un momento determinado de su desarrollo se establece un cambio cualitativo que termina desembocando en la adultez, entendida esta como plenitud de su potencial fisiológico. Pero también podemos realizar un estudio de la corporalidad juvenil desde lo filogenético, entendiendo que tiene su propia historia. Desde aquí vale la pena preguntarse cómo es el cuerpo de los adolescentes contemporáneos; cómo se representa, se siente y se sintomatiza. Y en este sentido, para aquellos que acompañamos a adolescentes, es importante superar la mirada autorreferencial según la cual su cuerpo es el de nuestra experiencia, vivenciada en la propia adolescencia o aprendida en nuestros textos de referencia. No solo hemos de sobrepasar la barrera de la autorreferencialidad. Debemos partir de la humildad de no llegar nunca a entender estos cuerpos del todo pues, sus características, están forjadas en un contexto que ya no es el nuestro. Así, podremos acercarnos a la comprensión de sus determinantes actuales, pero, como foráneos vivenciales de esta realidad concreta. Nunca entenderemos del todo los entresijos que supone sentir este cuerpo en aras de la contemporaneidad.

La modernidad trajo consigo un nuevo modo de entender el sujeto. El sujeto moderno parte de una perspectiva en la que mente y cuerpo, naturaleza y cultura, razón y emoción, están separadas. El sujeto es una entidad preexistente y tiene la capacidad de percibir el mundo. Por lo tanto, se debe entender que la relación de este sujeto con el mundo es secundaria a su propia existencia. Esta perspectiva binaria intenta ser superada desde el paradigma bio-psico-social en un esfuerzo integrador. A esta fórmula quisiéramos nosotros añadir la dimensión tecnológica que, si bien podía ser incorporada en la cultural por su importancia central, en nuestra época merece ser entendida como un vector de análisis en sí misma. Según Dyaz (1998) «la tecnología invade nuestro cuerpo y lo mejora, o al menos lo modifica a nuestro gusto» (p.26). Esta realidad responde a una fusión entre naturaleza y cultura (Planella, 2006a) en la que la tecnología y la carne se vuelven indiferenciadas.

El cuerpo tecno-bio-psico-social del adolescente debería ser comprendido no como un sumatorio sino como un prisma. De hecho, no existe un cuerpo humano natural, no tecnológico, ligado únicamente a la biología. De la misma forma que la dimensión psíquica y social son insolubles.

Como se menciona anteriormente, el impacto del vector tecnológico en el cuerpo humano en el último siglo puede considerarse determinante de su actual esencia. El cuerpo atravesado por las tecnologías médica, farmacéutica y de las TRICs (relación-información y comunicación ligadas a internet) es un nuevo cuerpo, al que hace referencia Serres (2015) cuando habla de un nuevo ser humano en el que corporalidad, espacio, tiempo, vida y muerte son diferentes a otros momentos históricos. En la sociedad farmacopornográfica (Preciado, 2020) las tecnologías pasan a formar parte del cuerpo, se diluyen en él convirtiéndose ellas mismas en cuerpo. De este modo, el nuevo modelo de control sobre el cuerpo es la denominada micropostética; el poder actúa a través de un pequeño input que pasa a formar parte de nuestra definición corporal. De la misma forma en la que una molécula puede variar nuestro sistema inmunitario, el implante de un neurotransmisor puede variar nuestra sensibilidad o el bótox pasar a formar parte de la piel.

Desde esta nueva realidad corporal se postula una ontología cyborg (Aguilar, 2008) que constituye una reflexión sobre la nueva configuración del cuerpo y su hibridación permanente con los avances de la biotecnología y las tecnologías de la información.

Los adolescentes que acompañamos hoy continúan sintomatizando su cuerpo a través de la ansiedad, la inquietud, la dismorfia, o en externalizaciones de auto y hetero violencia. Pero lo harán de una forma correspondiente a su época y que se caracteriza, al menos, por los siguientes puntos:

a) *El cuerpo digital o pixelado que determina una nueva sensorialidad.* Tendemos a diferenciar una dimensión virtual, que transcurre en internet frente a otra a la que damos valor de realidad y en la que el cuerpo es el lugar de la experiencia. Pero en poco tiempo la clínica infanto-juvenil y la propia experiencia cotidiana nos indican cómo esa teoría de la doble dimensión no da cuenta de la vivencia del adolescente y del sujeto contemporáneo en general. Actualmente, ambas esferas se perciben de forma simultánea y, difícilmente, es posible aislar las experiencias digitales y las que transcurren en un espacio convencional. Así, para un adolescente; una relación afectiva, una experiencia sexual o la propia autoimagen corporal se construyen o experimentan de manera indistinta y solapada en su residencia, su instituto, en una red social o en una videollamada. En todo momento el cuerpo está presente, tanto en la caricia piel con piel, como en

el encuentro a través de la tecnología digital. En todo caso, podríamos hablar de diferentes niveles de experiencia sensorial que operan cambios en la propia percepción del cuerpo. (Fandiño y Rodríguez, 2021; Ubieto y Pérez, 2021).

b) *El cuerpo adolescente está sobrerrepresentado culturalmente como un modelo social.* La adultez es percibida como un inexorable deterioro corporal que debe ser mantenido juvenil, indemne al paso del tiempo. Esta influencia impacta también en la infancia. La pubertad se adelanta en los países occidentales una media de tres meses por década desde los años 80 del siglo pasado (Eckert-Lindt et al., 2020). Pero incluso podemos observar una adolescentización de los cuerpos previamente a la pubertad; tanto a través de la representación del modelo corporal adolescente, como de la erotización, donde confluyen imagen y experiencia. El cuerpo adolescente se construye entre la paradoja de la celeridad del cuerpo infantil en su desarrollo y el intento de desaceleración de este mismo cuerpo ante el paso de los años en la edad adulta.

c) *Vivir en un contexto sociocultural donde predomina el uso de la imagen* (Sontag, 2008) y, en especial, la generalización del uso de dispositivos móviles con cámara y de las redes sociales, lleva a que la representación del cuerpo esté hipertrofiada. El adolescente accede, en consecuencia, a una vivencia corporal mucho más centrada en la imagen que en la sensación. "El sistema farmacopornográfico funciona como una máquina de representación somática donde texto, imagen y corporalidad fluyen al interior de un circuito cibernético" (Preciado, 2020; p. 83). El cuerpo aparece como una exterioridad que representa al adolescente de manera masiva y en continuas reproducciones, por lo que debe ser cuidado, mejorado, decorado, transformado. Este proceso se realiza a través de tecnologías clásicas; como la vestimenta, en conjunción con otras tradicionales y reactualizadas; como tatuajes y perforaciones, a las que se agregan las hipermodernas; como el uso de filtros en redes sociales (Ubieto y Arroyo, 2022).

d) *El cuerpo capital.* Hoy, más que nunca, el cuerpo adolescente aparece como un medio de consumo a través del que experimentar las diferentes ofertas que el mercado ha generado. Planella (2006b) expone que el cuerpo ha pasado de ser una herramienta a convertirse en una finalidad en sí mismo. En este sentido, el cuerpo del adolescente lleva siendo fin de forma intensa en los últimos años. Ejemplo de ello lo podemos observar en el aumento de la asistencia de este grupo etario a gimnasios, servicios de estética, los ya mencionados centros de tatuaje y piercing o el propio cuidado alimenticio. Por otro lado, este capitalismo corporal ha objetualizado el cuerpo adolescente. Nos ofrece a los que habitamos el resto de las etapas vitales -a través de una inmensa gama de oferta de consumo- la posibilidad de adquirir este bien preciado. De mantener la fantasía de representar orgánicamente una adolescencia que se muestra como un valor al

alza. El cuerpo adolescente se ha convertido en la mercancía que desear y de la que debemos apropiarnos.

La evolución de las sexualidades adolescentes

En 1929 Freud nos decía que la cultura de la época sólo estaba dispuesta a tolerar las relaciones sexuales basadas en la unión indisoluble y única entre una mujer y un hombre, sin estar dispuesta a aceptar la sexualidad como una fuente de placer en sí, y admitiéndola tan solo como un instrumento de procreación humana que hasta ese momento no había podido ser sustituido.

Ha transcurrido casi un siglo desde que Freud nos planteaba que a los humanos -perversos polimorfos- la cultura nos imponía una vida sexual idéntica para todos. Una cultura que no contemplaba la diversidad propia e inherente a la condición humana y que catalogaba todo lo que habitaba lo liminal como fuente de patología. Sabemos que la adolescencia es una etapa crucial en la construcción de la identidad, y que las relaciones afectivas que se establecen en esta etapa ayudan a los adolescentes a descubrir quienes son.

La diversidad sexual -en todos sus ejes- se representa como algo característico del adolescente contemporáneo. Se presenta como una dimensión desconocida para los que somos herederos de las represiones morales de épocas pasadas. La normalidad sexual ha ido expandiendo su significado por la conquista de una libertad que permita desarrollar la experimentación más allá de los binarismos. Estos se han ido agrietando para dar cabida a la compleja realidad que determina a cada ser.

La evolución sexual adolescente los ha llevado al camino de la propia construcción, al desarrollo de una creatividad que les es propia y que han de cultivar desde las vivencias específicas de una etapa y de una época concretas. En este proceso de edificación, los adultos solo podemos ser acompañantes y facilitadores de algo legitimador en su búsqueda de la apropiación del ser y que, por ende, nos es ajeno.

Las limitadas concepciones que significaban la sexualidad -pertenecientes a un tiempo que ya no es- se han ido flexibilizando y ampliando en favor de una riqueza conceptual que fluye más allá de la capacidad de asimilación del mundo adulto. No se trata pues de intentar entender un lenguaje que ya no es el nuestro. La función adulta es acercarnos a sus modos de comunicación entendiendo que nunca vamos a hablar con la fluidez de una persona nativa. Lo importante es el respeto por su lengua y la predisposición a aprenderla desde las enseñanzas de los que son artífices de esta. Tsai (2019) más conocido como Putochinomarción, hace referencia a como en su niñez la mirada normativa lo llevó a sentirse diferente. La ausencia de referentes y, de un

vocabulario que le diese cabida, lo llevó a la indefensión ante un normativismo expulsor de otras idiosincrasias posibles. En otro momento de su vida, identificarse como <<no binario>> le permitió entender mejor su cuerpo, cómo este se relaciona con otras personas y la propia orientación sexual. Así, el lenguaje aparece como generador de comprensión y como legitimador de la propia existencia.

La evolución de las identidades adolescentes

El tema de la identidad sexual ha ido ocupando un lugar central en los últimos años y se ha prestado especial atención a esta dimensión con relación a la adolescencia. Este hecho no debería extrañarnos, ya que, la cuestión de la identidad es crucial en el desarrollo de esta etapa. La realidad contemporánea ha abierto los interrogantes propios de un período de transición donde más allá de los clásicos; qué es ser una mujer o qué es ser un hombre, han emergido con fuerza nuevos interrogantes dispuestos a romper con el binarismo hasta ahora imperante. Los cuestionamientos sobre qué es ser no binario, qué hay de las diferentes formas de expresar el deseo o qué entran en juego en lo correlacional entre; género, relaciones de poder y dependencia emergen como una dimensión más de la realidad adolescente.

El interés por estas nuevas incógnitas las podemos constatar en las conversaciones con este grupo etario, pero también en las temáticas de sus youtubers, tiktokers y streamers más seguidos. Más allá de la calidad de los diferentes contenidos difundidos por estos nuevos referentes -algunos mejor fundamentados que otros- lo que permiten las pantallas es la exposición de una dimensión plena que rompe con la dictadura del cisheteronormativismo offline. Estos dispositivos operan a modo de <<contratecnologías>>, llamadas así por Felipe Rivas (citado en Tsai, 2019), para ofrecer un lugar de refugio y de resistencia ante el normativismo dominante.

Como venimos insistiendo, el modelo tradicional de hombre y mujer —excluyente de la diversidad real en todas sus ejes -- está cuestionado. Por todo esto, que el adolescente contemporáneo se interroge por su identidad sexual es necesario, y que la diversidad de opciones le resulte tan fascinante como angustiosa es lógico. Pero los que trabajamos con la población adolescente debemos evitar que esta angustia se convierta en una angustia patologizante. Para ello, la angustia debe ser el resultado del momento de transición, de cambio, de crisis -tan característico de la adolescencia- y no del miedo a que su identidad no sea aceptada por un otro. Así, debemos asistir a la reinención de categorías que creíamos socialmente inamovibles en sus procesos madurativos como algo esperable y necesario.

Ante esta realidad quisiéramos llamar la atención sobre dos cuestiones.

La primera, hace referencia a que la primacía de lo identitario en el interés de los adolescentes respecto a su sexualidad no debería hacernos olvidar que existen otras cuestiones fundamentales para ser abordadas en su educación sexual. De entre todas ellas destacaríamos la importante correspondencia existente entre el sexo, la integración del propio cuerpo, la búsqueda del placer y la necesidad de acercarse a la sexualidad desde una perspectiva ética y empática. La segunda cuestión aborda la inquietud que se detecta en la población adulta ante la emergencia de lo nuevo, lo cambiante y lo diverso en la sexualidad adolescente: una nueva realidad que nos pone en cuestión también a nosotros. Ante todo esto, muchos adultos parecen buscar tranquilidad en respuestas cerradas, unívocas, seguras y generalistas. Respuestas que protejan de la zozobra del no saber, reenviándonos a algo más sólido, conocido y previsible. Las conclusiones precipitadas no responden a la necesidad de acompañamiento de los más jóvenes. Por la contra, intentan calmar nuestro malestar por la decadencia de una norma sexual que fue la nuestra y que, progresivamente, va pasando a formar parte del mundo de ayer.

El mundo adulto, más allá de resistencias y de anclajes a lo conocido, se beneficiaría de la apertura que supone la entrada de lo queer a nuestra dimensión conocida. Del mismo modo en que el feminismo supone beneficios para todas las personas -más allá de las mujeres-, la convergencia cultural genera riqueza -más allá de las culturas oprimidas- o el ecologismo reporta consecuencias positivas para la vida del planeta -más allá de sus acciones concretas-. Lo queer permite reescribir lo cishetero, escapando de los estereotipos que nos constriñen y que llevan a vivir esta realidad desde unos mandatos sociales integrados que no somos capaces de discernir.

El desplazamiento de la normalidad

Los medios de comunicación nos informan con frecuencia sobre adolescentes implicados en agresiones, robos, peleas, casos de acoso, incluso algún asesinato, sucesos protagonizados normalmente por varones. Son noticias que producen un particular impacto emocional pues, en ocasiones, no suceden lejos del lugar donde vivimos. La mayor parte de ellas se construyen a partir de una narrativa en la abunda el arquetipo de los chicos malos; jóvenes rebeldes, impulsivos, peligrosos, que violentan la ley, egoístas que están dispuestos a pasar por encima del otro para conseguir su propia satisfacción.

Su aportación a la sociedad, en estos casos, es el cuestionamiento, la transgresión y la destrucción. Se trata de una asociación simplificada entre adolescencia, conducta antisocial y psicopatía que forma parte de un imaginario social instituido (Castoriadis, 1997).

Por otra parte, si nos basamos en datos de medidas judiciales a menores, desde la implementación de la Ley Orgánica de Responsabilidad Penal del Menor 5/2000, hace una década que la delincuencia juvenil en España viene descendiendo de manera lenta pero consistente. Se ha ido pasando progresivamente desde los 18.237 menores condenados en el año 2010 a los 13.595 de 2021 (Instituto Nacional de Estadística, 2022). Observamos por ello que, aunque las secciones de sucesos de los informativos parecieran indicar lo contrario, los adolescentes españoles cometen cada vez menos delitos, a excepción de aquellos que son de carácter sexual.

También en la última década los datos nos indican un aumento de problemáticas de salud mental en la población adolescente, particularmente aquellas que tienen una base depresiva. En un informe publicado por la Organización Mundial de la Salud (OMS), titulado *Health for the world 's adolescents* (World Health Organization, 2014), la depresión es la principal causa de enfermedad y discapacidad entre los adolescentes de edades entre los 10 y los 19 años. Por otra parte, conocemos que el suicidio se ha convertido en la primera causa de muerte entre los varones de 15 a 29 años y las hospitalizaciones por autolesiones entre los 10 y los 24 años casi se han cuadruplicado en las últimas décadas: de 1.270 en el año 2000 a 4.048 en 2020.

En las consultas de psicología clínica se constata un desplazamiento de las causas de demanda por parte de las familias de adolescentes. De los trastornos del comportamiento a la tristeza, la ansiedad, el aislamiento, los cortes, las dificultades para relacionarse o el desinterés por realizar actividades fuera de casa, con debuts en edades cada vez más tempranas. Los centros de menores -ya sean del ámbito de protección o de justicia juvenil- que, tradicionalmente han trabajado con perfiles de adolescentes transgresores, están transformándose a través de una progresiva terapeutización. Pasan ahora a hacerse cargo de estas nuevas formas de expresión del malestar adolescente. Aparecen recursos clínicos y educativos para atender a menores que se niegan a salir de su domicilio o su habitación y, los servicios de atención a la conducta suicida tienen unidades especializadas en población infanto-juvenil. Todo esto se perfila como un cambio en la sintomatización del malestar adolescente.

Fandiño y Rosell (2023) constatan este mismo cambio en la representación del adolescente en los diferentes productos culturales dirigidos a ellos o desarrollados por ellos. En otro marco sociocultural, la cultura adolescente estaba ligada a la rebeldía, el reto o el desafío. Actualmente, observamos una predominancia de expresiones de la angustia de vivir. Desde Nirvana hasta Billie Eilish podemos rastrear más de dos décadas marcadas por la desesperanza juvenil. Series tan populares como *Euphoria* o *The Idol* se construyen alrededor de este nuevo imaginario social en el que los chicos malos se

van progresivamente desplazados por los chicos deprimidos y ansiosos como figuras centrales.

Este desplazamiento de la normalidad adolescente del modo por el que transitan el camino de construcción de su identidad debe tener implicaciones en el trabajo de acompañamiento, tanto a nivel clínico y educativo, como desde la intervención y la prevención. Nos interpela también sobre la dificultad para realizar actualmente el proceso de la adolescencia; dejar atrás la infancia para alcanzar la adultez. Una adultez que a cada paso parece más diluida, confusa e incierta. Dentro de lo que Bauman (2003) denomina sociedades líquidas.

Como ya hemos señalado, una de las características fundamentales en la adolescencia es la formación de la identidad y con ella viene pareja la diferenciación del adulto. En un mundo en el que los modos de relación, imagen y particularidades propias de la etapa adolescente han sido captados por el mundo adulto en su versión <<adultescente>> cabe preguntarse si este cambio en la normalidad adolescente no estará influenciado por un intento de diferenciación de lo que fue la adolescencia de los "adultos" actuales. Es decir, de la misma forma en la que Fisher (2016) hacía referencia a la capacidad de los jóvenes para aportar algo nuevo, para producir sorpresas como único modo de subsistencia de la cultura en el tiempo ¿el cambio de la transgresión a la depresión y de la apertura a la diversidad sexual podría contener algo de lo sorprendente diferencial? En este sentido habla Rosell (2022) cuando establece una analogía entre la nueva norma sexual con las subculturas juveniles propias de décadas anteriores.

¿Cuál es el lugar del cuerpo y la sexualidad en la clínica con adolescentes?

A la vista de la realidad descrita nos interrogamos sobre cuál es el papel que deben jugar el cuerpo y la sexualidad en la clínica con adolescentes hoy en día.

En primer lugar, quisiéramos compartir la impresión de que el tabú sobre la sexualidad del adolescente que ha operado durante años en relación con el mundo adulto -de forma muy concreta en el seno de la familia- ha tenido también su reflejo en los ámbitos clínico, educativo y social. Con los adolescentes no se hablaba de sexualidad excepto en términos de peligrosidad o daño.

Este modelo continúa funcionando en muchas instituciones, donde la llamada <<educación sexual>> se reduce a un par de charlas que versan básicamente sobre métodos anticonceptivos e infecciones de transmisión genital, generalmente, impartidas desde una visión coitocentrista y cisheteronormativa. Esta escotomización no puede seguir presente cuando acompañamos a adolescentes hoy, teniendo en cuenta la relevancia, actualidad y necesidad de integrar lo sexual y lo corporal en las sociedades hipermodernas.

Por otra parte, consideramos que la clínica con adolescentes debe tener una voluntad emancipadora. El propio sentido de la adolescencia reenvía a la conquista de una adultez transformada; el adolescente debe conseguir alcanzar una centralidad social, como adulto, deconstruyendo su entorno en la ilusión de hacer del mismo algo mejor. No acompañamos a adolescentes para perpetuar la norma social, sino que lo hacemos en la esperanza de que sean capaces de generar un mundo mejor a partir de su propio deseo individual y colectivo. Esto no quiere decir que el profesional adulto que se dedica a acompañar adolescentes deba alentar la transgresión, ya que esta debe partir del deseo del joven. Tampoco debe reprimirla o negarla. La función del terapeuta es ayudar en el proceso de darle un sentido a la misma como un elemento constructivo y no autodestructivo. Para que una intervención clínica sea emancipadora debe tener en cuenta la capacidad de transgredir del adolescente como un elemento de su normalidad. ¿Y qué es lo que debería transgredir? Debería tener la potencialidad de ir más allá de los marcos establecidos, transformando o redefiniendo el proceso clínico en cuanto socializador.

Para todo ello quisiéramos profundizar en el trabajo desarrollado por Wilhelm Reich (Laing, 2022) en la clínica y en la práctica de libertad que enseña a los pacientes a ir más allá de los límites que imponen las razas, los sexos y las capacidades. Así, quedaría patente que la emancipación está al alcance de todas y todos. Los marcos por transgredir son aquellos que identificamos como fuentes de opresión y exclusión. Los marcos que actúan como referencia social son cambiantes y, por lo tanto, las transgresiones necesarias son nuevas en cada momento sociohistórico.

Los cuerpos están situados en el centro de la normatividad terapéutica. La clínica impone una norma sexual, racial, cultural y de capacidad. El terapeuta debe repensarse entendiendo que sus propios aprendizajes han estado marcados por una psicología que deriva de un entendimiento del mundo y de las personas desde lo cisheteropatriarcal (Cerón, 2023). Esto acarrea un cambio de paradigma para el terapeuta, quien debe

ponerse en posición de aprendizaje, de descubrimiento, de dejarse sorprender ante las infinitas posibilidades de ser de las personas que se hallan ante sí.

Siempre teniendo en cuenta que la normalidad posee tanto un sentido moral como un sentido meramente estadístico (Martí, 2022).

Existe dentro del propio sistema un tratamiento de excepcionalidad para aquellos que son tachados de "diferentes". De ello tenemos un buen ejemplo en el hecho de que el acoso entre iguales en la infancia y la adolescencia se fundamenta en un proceso de exclusión por motivos de diferencia corporal (transexualidad, obesidad, diversidad funcional, raza...) tal y como se ve en el trabajo para UNICEF de Andrade et al. (2021).

Nuestra propuesta terapéutica reivindica el cuerpo, no solo representado o simbolizado, sino también el cuerpo vivenciado. En palabras de Jerónimo Bellido (1998), un cuerpo real cargado de tensiones musculares, de rigideces, de bloqueos, que dan cuenta de las vivencias arcaicas allí adheridas. Un cuerpo que pasa de la primacía del sistema nervioso central a considerar la importancia primordial del sistema nervioso vegetativo determinado por la vida emocional donde se integran mente y cuerpo.

También debemos tener en cuenta el placer como potencia que dinamiza la acción clínica. Frente a la estructura de obediencia sobre la que se asientan los modelos terapéuticos más tradicionales, la incorporación del placer como dimensión clínica transforma los marcos de intervención. Ya en 1932, en *La lucha sexual de los jóvenes*, Reich exponía, <<cuanto más se desenvuelve la sexualidad sana y vigorosamente, el individuo se siente más libre, activo, crítico en su comportamiento general>> (Reich, 1974, p.106). De esta forma, criticaba ya la represión existente que pesaba sobre la sexualidad y que parece que aún no hemos sido capaces de dejar atrás. Atender a la libertad sexual de nuestros jóvenes no sólo es una necesidad, sino que es un derecho. Consecuentemente, nos afecta como adultos si lo que pretendemos es ayudar a la formación de sujetos emancipados.

Bajo este marco, el cuerpo del terapeuta habitualmente no es tenido en cuenta dentro del proceso clínico. Podemos parafrasear las palabras de Bell Hooks (2016) aplicando a la clínica sus reflexiones sobre los docentes para decir que; los terapeutas rara vez hablamos del lugar del eros o de lo erótico en las aulas. Formados en el contexto filosófico del dualismo metafísico occidental, muchos aceptamos la noción de que hay una separación entre el cuerpo y la mente. Al creer esto, los sujetos entran a consulta como si sólo la mente estuviese presente, y no el cuerpo. Llamar la atención sobre el cuerpo es traicionar el legado de represión y de negación que hemos recibido de nuestros antecesores que generalmente han sido blancos y hombres.

Massimo Recalcati (2016) reflexiona también sobre la erótica de la clínica y la enseñanza. Para este autor, el proceso de enseñanza-aprendizaje en el acompañamiento del joven sólo puede darse en presencia de un cuerpo deseante a través del que ofrecer un testimonio de vida. Una relación terapéutica emancipadora es, por lo tanto, una relación entre cuerpos diversos y sobre los cuerpos diversos.

Por último, quisiéramos reivindicar la importancia del trabajo grupal con los adolescentes con el objetivo de reenviarlos a una repolitización de su experiencia terapéutica compartida. Con ello nos referimos a la importancia de que los adolescentes se encuentren también reflejados en los malestares de sus iguales, no solo a través de los discursos, sino también desde las vivencias.

Recuperar la pericia de estar en grupo desde uno mismo es favorecer la posibilidad del encuentro con un “otro” y promover una agencia colectiva que permita la transformación social.

Referencias

- Aguilar, T. (2009). *Ontología Cyborg. El cuerpo en la nueva sociedad tecnológica*. Madrid: Gedisa.
- Andrade, B., Guadix, I., Rial, A. y Suárez, F. (2021). *El impacto de la tecnología en la adolescencia. Relaciones, riesgos y oportunidades*. Madrid: UNICEF España.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. Madrid: Fondo de cultura económica española.
- Bellido, J. (1998). Sentir y pensar. La integración mente- cuerpo en la vegetoterapia reichiana. En III Congreso Nacional de Psicología Humanista “La relación de ayuda en psicoterapia y otros ámbitos, aquí y ahora”. Recuperado en https://www.institutowilhelmreich.com/wp-content/uploads/1998/04/Sentir-y-pensar_Jer%C3%B3nimo-Bellido.pdf
- Castoriadis, C. (1997). El imaginario social instituyente. *Zona erógena*, nº35 1-9
- Cerón, I. (2023). *Psicoterapia queer. Una introducción*. Barcelona: Bellaterra Ediciones.
- Dyaz, A. (1998). *Mundo artificial. Internet, ciberpunk, clonación y otras palabras mágicas* Madrid: Temas de Hoy.
- Eckert-Lind, C., Busch, A.S., Petersen, J.H., et al. (2020). Worldwide Secular Trends in Age at Pubertal Onset Assessed by Breast Development Among Girls: A Systematic Review and Meta-analysis. *JAMA Pediatric*, 174(4).
- Fandiño, R. y Rodríguez, V. (2021). Pandemia adolescente: los cuerpos pixelados. *Revista de psicopatología y salud mental del niño y del adolescente*, nº37, 95-101.
- Fandiño, R. y Rosell, O. (2023). Cultura de la depresión: la transformación psicocultural del imaginario adolescente. *Revista de Psicopatología y Salud Mental del Niño y del Adolescente*. nº41, 51-58.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Freud, S. (2010). *El malestar y la cultura*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hooks, b. (2016). Eros, erotismo y proceso pedagógico. En *Pedagogías transgresoras*. Córdoba (Argentina): Bocolivaría Ediciones.
- Hooks, b. (2020). *Enseñar a transgredir*. Madrid: Capitán Swing.
- Instituto Nacional de Estadística (2022). *Estadísticas de condenados menores*. Recuperado de: https://www.ine.es/dyngs/INEbase/es/operacion.htm?c=Estadistica_C&cid=1254736176795&menu=ultiDatos&idp=1254735573206
- Laing, O. (2022). *Todos los cuerpos. Un libro sobre la libertad*. Barcelona: Paidós Ibérica
- Martí, L. (2022). *¿Soy yo normal? Filias y parafilias sexuales*. Barcelona: Anagrama.
- Planella, J. (2006a). *Corpografías: dar la palabra al cuerpo*. *Artnodes: revista de arte, ciencia y tecnología*, (6), 13-23.
- Planella, J. (2006b). *Cuerpo, cultura y educación*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Preciado, P.B. (2020). *Testo yonqui: Sexo, drogas y biopolítica*. Madrid: Anagrama.
- Recalcati, M. (2016). *La hora de la clase: Por una erótica de la enseñanza*. Madrid: Anagrama
- Reich, W. (1974). *La lucha sexual de los jóvenes*. Buenos Aires: Granica.
- Rosell, O. (2022, 25 de octubre). *Queer Pop. De Ziggy Stardust a Arca [conferencia]*. Festival Berdache. Gender Art Festival, L'Hospitalet de Llobregat, España.
- Sontag, S. (2008). *Sobre la fotografía*. Madrid: DeBolsillo.
- Ubieto, J.R. y Pérez, M. (2021). *Niños hiper. Infancias hiperactivas, hipersexualizadas e hiperconectadas*. Barcelona: Ned ediciones.
- Ubieto, J.R. y Arroyo, L. (2022). *¿Bienvenido al metaverso? Presencia, cuerpo y avatares en la era digital*. Barcelona: Ned ediciones.
- World Health Organization (2014). *Health for world´s adolescents*. WHO Document Production Services. Recuperado de https://apps.who.int/adolescent/second-decade/files/1612_MNCAH_HWA_Executive_Summary.pdf